

Al sonar el reloj las nueve y media,
«Señores, con la música á otra parte»
Á sus contertulianos, dice Heredia;
Y cuando ya, como los otros, parte,
El don Gregorio la ocasión promedia,
Y á hurto en baja voz «Quisiera hablarte,
Le dice, es un favor de poca monta;
Y.....—Ya sabes que está mi bolsa pronta .

Para servirte (respondió Agapito).
Negocio concluído: no hables de eso.
—No es la que tú imaginas; es.....—Repito
Que es cosa hecha, peso sobre peso.
—¿Qué cosa?—Los dos mil.—No necesito.
En otra muy distinta me intereso.
Ni quiero que prometas, ni que entregues,
Ni que fies: se trata de que niegues.

—¿Que niegue? Es imposible, amigo: es tarde.
—¡Misericordia!—Fray Facundo vino
(Eran como las cuatro de la tarde)
Con un recado muy atento y fino
De tu querida esposa, que Dios guarde.....
—No pases adelante; lo adivino.
—Como me aseguraba tu anuencia,
Expresada, me dijo, en su presencia.....

—Sí, la expresé, con una soga al cuello.
—Y como entiendo que la niña anhela
Meterse monja, y empeñada en ello
Parece estar tu santa parentela.....
—Basta, no digas más. Echado el sello
Á mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al revés, Heredia, me sucede.
Parece que el demonio lo hace adrede.

—No tal: esos petardos te granjea
El hacer, como haces, á dos caras.
Si no quieres que ciña la correa

Tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?
Y si la pobre chica titubea,
Ó lo repugna, y tú la desamparas
Que protegerla debes, cruel, impía,
Abominable esa omisión sería.

»Y más diré. Si yo su padre fuera,
Y en esa tierna edad la viera ansiosa
De vestir el sayal, lo resistiera
Con todo mi poder; que no, no es cosa
En que se deba estar á la ligera
Decisión de alma incauta, veleidosa,
Dócil á toda voz, á todo imperio,
El consignar la vida á un monasterio.

»La que renuncia al mundo en esa verde
Edad primera, ¿podrá ser que estime
Lo que la aguarda, ó sepa lo que pierde?
Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
Cadena eterna, y despechada muere
El duro hierro, ¿á quién acusa, dime?
Al que su juicio leve, antojadizo,
Debió haber alumbrado, y no lo hizo.

»En dar consejos donde no hay deseo
De recibirlos, siempre hallé reparo.
Mi genio lo repugna. Mas te veo
En aflicción, y debo hablarte claro.
Tu flojedad es un delito feo.
La autoridad paterna es el amparo
Natural de Isabel. Defiende, guarda
Su inocente candor. ¿Qué te acobarda?

—¿Y entregado el dinero fué?—Lo mismo,
Porque lo tengo prometido y pronto.
—Á quién se puso, Heredia, un sinapismo
Como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
Sufrió jamás tan fiero despotismo?
Pero verán si en cólera me monto,

De lo que soy capaz. Volverá al techo
Paterno mi hija..... volverá á mi pecho.....

»Volverás, volverás, yo te lo fio.....
Harto tiempo tratada como ajena
Fuiste ya, mi Isabel, regalo mío,
Víctima de.....» Diciendo así, refrena
La voz un repentino escalofrío:
En el hinchado esófago le suena
Tumultuoso vapor: eructa, brama;
En suma, le da el flato, y va á la cama.

D. RAFAEL M. BARALT.